tonces es cuando se aprecia en lo que se merece la gran figura de San Nicolás.

La vida de San Nicolás de Tolentino ha sido escrita en latín, en español, en italiano, en alemán, en inglés, y probablemente en muchas otras lenguas. Los documentos que nosotros hemos preferido, corresponden casi todos á los siglos XIV, XV y XVI. Desgraciadamente estos antiguos autores se limitan á referir los hechos sin comentario ni explicación alguna, y aun sin preocuparse por la precisión cronológica. Nosotros hemos procurado transformar estos documentos en una historia propiamente dicha, aunque no nos lisonjeamos de haberlo conseguido.

VIDA DE SAN NICOLÁS DE TOLENTINO

CAPÍTULO I

Infancia de San Nicolás.—Piedad de sus padres.—Viaje á Bari.—Nacimiento de San Nicolás.—Siéntese desde niño inclinado al Oficio divino y ceremonias de la Iglesia.—Venid á mí.—Su caridad para con los pobres.

Enclavado en alegre y pintoresca ladera, que domina á la pequeña ciudad italiana de San Angel *in Pontano*, se levantaba en el siglo XIII el antiguo castillo donde vino al mundo el ilustre Santo, cuya vida y virtudes nos hemos propuesto referir. Este admirable Taumaturgo, que hoy veneramos con el nombre de San Nicolás de Tolentino, pertenece á la Orden de Ermitaños de San Agustín, de la cual es él todavía la gloria más pura y el modelo más perfecto. Su santidad eminente le ha merecido el ser proclamado, así por los

fieles como por los Sumos Pontífices, protector de la Iglesia universal y de las almas del Purgatorio.

Pedro de Bretaña nos hace notar, hablando de San Nicolás, que Dios, en sus designios providenciales, eligió un lugar cuyo nombre recuerda á los ángeles, para que en él naciese aquel que, en un cuerpo mortal, debía llevar una vida toda angélica, triunfar de los esfuerzos del mundo y del demonio, y, por la sola fuerza de la gracia y su fiel correspondencia á la misma, conservar el tesoro de la pureza y la inocencia, que es el principal distintivo de los espíritus celestiales que ven á Dios y rodean su majestuoso trono (1).

Era la familia de su padre, Compañón de Guaruti, una de las más nobles y más antiguas de las Marcas; y su propio hermano Lelio era señor del castillo, así como de casi todas las tierras de San Angel in Pontano. Su madre, Amada de Guidiani, era también originaria de una ilustre familia (2). Aun cuando á los ojos de nuestra Madre la Iglesia signifiquen muy poco la nobleza é hidalguía del abolengo, ella, sin embargo, las tiene muy en cuenta, á fin de imponer á los here-

(1) Pedro de Bretaña, *Vida de San Nicolás de Tolentino*, Munich, 1722, pág. 1.ª

(2) Nicolaus e Castro Sancti Angeli parentibus ortus nobilibus.

deros de un nombre glorioso la doble obligación de una leal obediencia á sus preceptos, y de una vida santa, que sea el ejemplo á que los demás hayan de adaptarse. De ahí viene el tan justo proverbio que dice: «Nobleza obliga».

Los autores contemporáneos al Santo apenas hacen mención de la fortuna poseída por los padres de San Nicolás, lo cual nada tiene de extraño en unos religiosos de vida tan austera, acostumbrados á preferir las virtudes de sus hermanos á todos los bienes perecederos del mundo.

Compañón y Amada despreciaban igualmente las riquezas terrenas, y no aspiraban á otra cosa que á los bienes inmortales de la gloria. Viviendo en el santo temor de Dios y entregados á la práctica de la piedad, cumplían con gran devoción las obligaciones de su estado. «Su casa, añade Pedro de Bretaña, era un verdadero templo, donde los dos esposos adoraban al Señor continuamente en espíritu y en verdad, por medio del ayuno y de la oración (1).

Los Guaruti habían sido en una y otra generación ejemplares cristianos, juzgándose felices de contar entre sus antepasados legiones enteras de creyentes. Eran originarios

(1) Pedro de Bretaña, pág. 2.

de aquellos lombardos y aquellos intrépidos romanos á quienes debe Italia la gloria de haber sacudido el yugo de la herejía y de haberla hecho desaparecer, después de muchos siglos de porfiadas y sangrientas luchas.

Hacía muchos años que Compañón y Amada suplicaban al Señor encarecidamente se dignase consolarles con algún fruto de bendición en su matrimonio, pues Amada era ya de avanzada edad (1). Cierto día en que se hallaba ésta dirigiendo su oración á Dios con tal objeto y con un fervor aún mayor que el acostumbrado, sintióse inspirada por la idea de dirigir sus pasos á San Nicolás de Mira, al cual profesaba ella una singular devoción. Hizo, pues, entonces á Dios la promesa de ir en peregrinación á Bari, donde todavía se conservan y veneran las reliquias de este santo Obispo, y sin tener para nada en cuenta las fatigas que había de ocasionarle un tan largo y penoso viaje, dió noticia á su marido de la piadosa resolución; el cual, contra lo que ella esperaba, aprobó al momento y sin dificultad los deseos de su consorte. En-

(1) Cum multis diebus ætatis suæ processisset et velut sterilis filios procreare non posset... *Historia Beati Nicolai Tholentinatis, quæ composita fuit a Fratre Petro de Monte Rubiano, lectore anno Domini M.CCCXXVI tempore Domini Joannis Papæ vigesimi secundi*, cap. I, núm. 1.

tonces, transportada de júbilo, cayendo ella de rodillas, exclamó: «Oh, Dios mío! Si Vos me concedéis la gracia que solicito de vuestra paternal bondad, yo consagraré á vuestro servicio el fruto de mi seno, como lo hizo en otro tiempo la madre del Profeta Samuel. Ya sé que mis plegarias no son dignas de ser escuchadas; mas escuchad favorablemente las que por mí os dirige en el Cielo vuestro glorioso servidor Nicolás» (1).

La Divina Providencia no abandona jamás á aquellos que en ella esperan: así que, algunos días después, un ángel se apareció á estos piadosos consortes, durante la noche, y les dijo: «Levantaos: partid inmediatamente para Bari. Allí se os profetizarán las glorias del hijo que Dios quiere conceder á vuestra fe» (2).

Conmovidos por este aviso del Cielo, levantáronse al punto Compañón y su esposa, y, sin aguardar el día, hicieron algunos pequeños preparativos, oyeron la santa Misa, recibieron el pan de los fuertes, y, dirigiéndose hacia el lugar que debía ser testigo del anunciado prodigio (3), recorrieron á pie y en

(1) Giorgi. *Vida de San Nicolás de Tolentino.* Tolentino, 1887, pág. 13.

(2) Paucos post dies per quietem ambobus apparuit angelus, qui dixit eis: *Surgite...* etc. Breviari. Proceso de canonización. San Antonino, in vita.

(3) Y así que, posponiendo todo otro cuidado

traje de peregrinos el camino que los separaba de Bari, sufriendo durante muchos días grandes fatigas y privaciones (1).

Llegados al término de su viaje, Compañón y Amada dirigiéronse apresuradamente á la Basílica, donde se veneran las preciosas reliquias del Santo Obispo de Mira. Prosternados sobre las losas del templo, permanecieron en oración hasta la noche, olvidados de su cansancio, cayendo, en fin, ambos, dominados de un profundo sueño, junto á la urna que contenía las reliquias del Santo. Sería la media noche, cuando, apareciéndoseles el bienaventurado San Nicolás, conforme á lo anunciado por el ángel de Dios, revestido de los ornamentos pontificales y en la majestad de su gloria: «Yo he bajado á vosotros, les dijo, por orden de aquel mensajero celeste que habéis visto en San Angel; y vengo á anunciaros que vuestras fervientes súplicas, que han llegado hasta el Trono de Dios, han sido escuchadas. Tendréis, pues,

---

terreno, se confesaron primero, y recibida la Sagrada Eucaristía inmediatamente... Frigerio. La gloriosa vita e gli excelsi miracoli dell'Almo Confessore Santo Nicola de Tolentino da gli antichi originali raccolta. Camerino, 1578.

(1) Viatorio habitu accincti, et baculo tornatili, atque in usum aquæ cucurbita instructi, alacres fidentesque Barium versus iter susceperunt. *Breviarium.*

un hijo que se llamará Nicolás, en reconocimiento de la gracia obtenida por mi intercesión. Él entrará en una Orden religiosa, donde su vida austera, sus prodigiosas mortificaciones y sus resplandecientes virtudes serán para sus hermanos un continuado milagro. Tened fe en mis palabras, pues todo lo que os anuncio en nombre de Dios se realizará» (1).

Nueve meses más tarde, en el mes de Septiembre de 1245, daba al mundo la piadosa Amada al hijo de las predicciones divinas, el cual fué bautizado el mismo día, imponiéndosele el nombre de Nicolás. ¡Ah! Si el sacerdote que lo hizo cristiano hubiera podido descorrer el velo del porvenir y leer en él lo que había de llegar á ser algún día el nuevo bautizado, ¡qué acciones de gracias no hubiera él tributado á la Divina Providencia por haber suscitado un tal apóstol! En efecto: si la muerte de los santos, según la expresión del Profeta, es preciosa á los ojos de Dios, ¿no ha de ser también precioso su nacimiento á los ojos de los hombres?

---

(1) Ipsis in pavimento Æcclesiæ ante Beati Nicolai altare dormientibus, Sanctus Nicolaus in habitu pontificali apparuit dicens: Angelus qui vobis apparuit, mihi dixit ut ad vos venirem, nuntians et confirmans quia vobis meo obtentu nascetur filius, et vocabitur Nicolaus... Hic erit Deo acceptisimus religiosam arctamque vitam ducens... etc. *Proceso de canonización.*

Inspirada por una verdadera ternura y por una esclarecida piedad, Amada consideró como un deber sagrado y una dulce obligación el amamantar por sí misma á su hijo. Hubiera creído renunciar á su título de madre proporcionando á su hijo, por ajeno ministerio, los cuidados de la primera edad, cuya influencia es tan grande sobre el resto de la vida.

Siguiendo el ejemplo de Ana, madre de Samuel, ofreció á Dios el fruto de su seno, suplicándole se dignara ser su particular protector y preservarlo de todo pecado; y Dios, escuchando esta súplica maternal, derramó desde entonces sobre Nicolás tal abundancia de gracias y bendiciones, que el niño se levantó rápidamente, de grado en grado, á la más encumbrada santidad.

Él mostraba ya toda la hermosura de sus progenitores. La historia nos dice que ningún otro niño había que pudiera comparársele (1): la fe robusta y austera de su padre, la tierna devoción y graciosa bondad de su madre, pasaban alternativamente, y sin esfuerzo, del alma de Nicolás á su pura y dulce fisonomía. Desde su más tierna juventud, marcada con el sello de la gracia divina, excitaba la admiración de cuantos le rodeaban, por su precoz

(1) Frigerio, cap. III, pág. 21. Giorgi, cap. I, página 16.

piedad y sus admirables cualidades. El amor á los trabajos parecía ya tan innato en su corazón, que jamás demostró con las lágrimas los dolores inevitables de sus primeros años, notando, además, con extrañeza la misma Amada que el lunes, el miércoles y el viernes de cada semana no tomaba la leche materna sino una sola vez al día (1). Cuando él ya pudo andar por la casa, no se cansaban sus parientes y amigos de venir á verlo; tan modesto se mostraba ya en todas sus actitudes. Aun no podía más que tartamudear, y ya manifestaba con demostraciones de infantil regocijo los sentimientos de amor que le atraían hacia Jesús y María; buscaba sus sagradas imágenes con exquisita solicitud, y, tan pronto como su vista lograba descubrir alguna, manifestaba con sus gestos una afectuosa ternura hacia ellas (2). ¿No había algo de tierno y encantador, capaz de arrancar lágrimas del corazón, en este culto de la niñez hacia el Salvador y su divina Madre? Prevenido con tan prematuras gracias celestiales, Nicolás no aprende á conocer al mundo sino para temerle y menospreciarle. Aun no tiene más de tres años y todas sus recreaciones

(1) Zacconi, cap. III. Nicolás de la Ascensión. Pedro Galdo. Paravicino, cap. II.

(2) Frigerio. José Renal, lib. VII, cap. III. Gandolfo, cap. IV.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

consisten en la oración y el servicio de Dios. Nada más tierno que verlo, lejos de los niños sus compañeros, dedicarse á la oración con un fervor angelical, sin cuidarse de tomar parte en sus diversiones (1). Su madre, que no solamente lo amaba como una madre según la naturaleza, sino, sobre todo, como una madre según la gracia, se ocupaba en la educación de su hijo con un esmero exquisito, con un tacto perfecto y un corazón preparado por Dios mismo para la gran obra de su educación moral y religiosa. Esta fué la primera gracia otorgada á San Nicolás de Tolentino por la Divina Providencia. La historia nos demuestra que los grandes genios, los grandes caracteres y los grandes santos han sido doblemente hijos de sus madres. La sangre de éstas los ha vivificado y animado; pero ellos se han formado más en el regazo y junto al corazón de cariñosa madre, oyendo sus lecciones y viendo sus ejemplos, que escuchando las instrucciones de los más hábiles maestros. Toda la sabiduría de aquéllos, toda su energía, toda su santidad refluyen en aquellas cuyo amor tierno y persuasivo ha fecundizado los pri-

(1) Mulierum et puerorum consortia vitabat... senilem quamdam gravitatem præ se ferebat. *Proceso de canonización.*

meros ensayos de su espíritu: á ellas se debe principalmente las aspiraciones de tales hijos hacia lo sublime y hacia la santidad, que hacen hoy glorioso y bendecido su adorable nombre. Nicolás, por su parte, tenía un alma inclinada á lo bueno por su natural índole, y respondía perfectamente á los cuidados y solicitud de su piadosa madre. Era, en verdad, un conmovedor espectáculo el verle, todavía niño, hacer esfuerzos por tenerse arrodillado en tierra, sin el menor apoyo, durante el santo sacrificio de la Misa. Inmoble, con los ojos fijos en el altar y juntas sus manos ante el pecho, él parecía, en verdad, un ángel del Cielo. Un día que el niño oía Misa en compañía de sus padres, quiso Dios manifestarle, por medio de un prodigio, cuán agradable le era este prematuro fervor. En el momento de la elevación de la Sagrada Hostia iluminóse repentinamente el rostro de Nicolás y vió á Nuestro Señor en la forma de un niño que le llamaba y le decía: *Ven á Mí, pues Yo estoy estrechamente unido á aquellos que tienen el corazón puro é inocente* (1).

¡Oh visión infantil, cómo nos arrebatas!

(1) Frequens admodum in templis erat... ubi quadam die, sacerdote Hostiam elevante, Christum Dominum puerili specie sibi arridentem contueri meruit dicentem sibi: «innocentes et recti adhæserunt mihi». *Proceso. Breviario.*

Ninguna idea de la Tierra te conturba. En ti todo es casto, dulce y placentero. Feliz y bienaventurado el pequeño ángel terrestre que mereció repetidas veces disfrutar de un favor semejante. Favor que explica las lágrimas que inundaban su rostro cada vez que se ponía á orar en la presencia de Dios. Esta caridad ardiente hacia el Señor debía, naturalmente, producir en Nicolás los mismos efectos que leemos en los demás santos. El amor para con los pobres fué el primero. Comprendiendo sus padecimientos y compadeciendo sus desgracias, este niño de bendición reservaba para ellos cuanto recibía de sus generosos padres, comenzando desde entonces á ejercitar en ellos aquella heroica é inagotable caridad que lo ha hecho digno del agradecimiento de los hombres.

A la vista de la miseria y privaciones de sus prójimos, todo en él revelaba una emoción profunda, y, faltándole alguna vez dinero para socorrerles, según deseara, hacía le siguiesen los indigentes, y, conduciéndolos á casa de su padre, le suplicaba tiernamente no los despidiese sin algún alivio y limosna (1).

(1) Insigni in pauperes commiseracione domi comiter excipere... Breviario. Con mucha compasión recogía á los pobrecitos y los conducía á su casa propia, donde los confortaba y ayudaba con mucha caridad. Frigerio, cap. II, pág. 21.

Deseaba asimismo acompañar todos los días á su piadosa madre en las visitas de ésta á los enfermos, y esforzábase allí por prodigarles todos los pequeños servicios de que era entonces capaz. Tal era Nicolás en sus primeros años, el cual, á semejanza del Niño Jesús, crecía en gracia y sabiduría ante Dios y ante los hombres, prometiendo para el porvenir frutos admirables de virtud y de santidad.

CAPÍTULO II

Juventud de Nicolás. — Sus mortificaciones. — Sus primeros estudios.—La fuente de San Nicolás.—El convento de San Angel *in Pontano*.—San Nicolás, canónigo.—«He ahí el Angel guardián del coro.»—Aspiraciones al claustro.

Después de lo dicho en el capítulo precedente, fácil es de suponer que Nicolás, que había sido el niño del milagro en su nacimiento, debía ser también durante su vida toda una alma privilegiada ante Dios y llena de los más dulces favores del Cielo. No queremos decir con esto que nuestro Santo haya de gozar de una vida tranquila y apacible, ni que haya de verse al abrigo de combates y tentaciones. No: él, como todo verdadero cristiano, tendrá, por el contrario, que luchar contra el ángel de las tinieblas, contra el mundo y contra la naturaleza depravada, antes de merecer por su fidelidad, por su humildad y por su valor las gracias inestimables,

las palmas y coronas prometidas por Dios á sus amigos.

Al recorrer las diferentes biografías de San Nicolás causa verdaderamente admiración lo mucho que el Señor hizo por él desde su más tierna niñez; y, sin las luces de la fe, veríase uno tentado á preguntar por qué Dios levanta á un niño de esta edad á una perfección tan extraordinaria. La razón es, porque Dios quería hacer de Nicolás el Taumaturgo de la Orden de Ermitaños de San Agustín, y una de las glorias más preclaras de la Iglesia. Aun tenía siete años y ya sonaba en la soledad del claustro con sus maceraciones y sacrificios, y ya se esforzaba en imitar á los piadosos cenobitas, cuyas vidas leía en las veladas de familia, entregándose, como ellos, á la mortificación y penitencia.

Refiérenos Pedro de Bretaña que por esta época, habiendo oído decir este privilegiado niño que San Nicolás de Mira se abstenía de tomar leche de su nodriza tres veces por semana, se propuso segnir su ejemplo, formando la resolución de ayunar igualmente todos los lunes, miércoles y viernes del año (1).

A dichos tres días añadió más tarde el ayuno del sábado en honor de la Santísima

(1) Jejunium triduanum in hebdomada septennis inchoavit perficere. Proceso. Frigerio. Giorgi.

Virgen, conservando esta piadosa costumbre hasta la muerte. Su abstinencia en todo tiempo fué rigurosísima, siendo tan poco lo que tomaba en su comida ordinaria, que no podía comprenderse cómo vivía no alimentándose ordinariamente más que de pan y agua.

¡Oh, qué espectáculo digno de los hombres, de los ángeles y de Dios mismo, exclama Pedro de Bretaña, el de ver un tierno niño, sin otra cosa propia de la infancia más que la inocencia y la simplicidad, verlo entrar con ardor por los senderos de la penitencia, privarse de todas las alegrías pasajeras, llevar con placer la cruz de Jesucristo y acostumbrarse desde los albores de su vida á mortificar sus pasiones, á domar su carne, á imprimir, según el oráculo de San Pablo, la mortificación de un Dios crucificado sobre un cuerpo tierno é inocente! ¡Sí: ninguna otra cosa agradaba á esta joven víctima sino aquello que la hiciese participante de los dolores del Salvador! Privábase Nicolás de los juegos más inocentes y de las diversiones de la niñez, para entregarse todo entero á los estudios á que sus padres lo aplicaban; pues estos dos fervorosos cristianos nada omitían para instruirlo en todas las ciencias que le convenían según Dios y según su estado» (1).

(1) Pedro de Bretaña, pág. 13.

Confiaron su educación á un santo sacerdote llamado D. Angel, capellán de la iglesia de San Salvador, y los progresos del joven discípulo en sus estudios correspondieron á los que ya había hecho en la piedad. Dotado de un juicio sólido y de una memoria excelente, llegó á ser bien pronto, añade Pedro de Bretaña, «el ejemplo, el modelo y el primero de todos sus condiscípulos. Su exactitud les servía de regla, su modestia les animaba, y, sin que ninguno envidiase el ascendiente que tenía sobre ellos, tenían todos á honra el imitarle» (1). De tal suerte se acostumbró Nicolás á vivir en el recogimiento y en la oración, que llegó á ejercer un imperio casi absoluto sobre sus sentidos y sobre sus facultades interiores.

A falta de un dato histórico y preciso, podemos, según las conjeturas más probables, colocar en esta época la primera comunión de San Nicolás. El día más hermoso de la vida para el alma regenerada por el Espíritu Santo en las aguas del bautismo, es aquel en que se ve convidada por primera vez á acercarse á la mesa de los ángeles para alimentarse del cuerpo, de la sangre, del alma y de la divinidad de Jesucristo. Entonces se abre para el cristiano una nueva vida, una vida

(1) Pedro de Bretaña, pág. 14.

casi divina, en la cual su Dios, llegando á hacerse su alimento, le descubre, sobre más dilatados horizontes, las sublimes y austeras bellezas de la virtud. Probablemente la iglesia de San Angel *in Pontano* debió de ser el lugar donde este niño bendito se unió á Jesucristo por vez primera; la iglesia misma donde había él recibido las aguas del bautismo. Día fué éste señalado con especiales favores de Nuestro Señor, que se complacía en corresponder con luces y gracias de predilección á la generosidad de Nicolás. El director de este ángel de la Tierra, conociendo el valor y la hermosura del tesoro confiado á su cuidado, admirábalo y entreteníase con él largas horas, juzgándose dichoso en aspirar el perfume que de sí exhalaba este tan puro y candoroso lirio. Por su parte, el niño se hallaba altamente satisfecho de hallar en la experiencia y consejos de su guía un apoyo y un manantial de inspiraciones, que le ayudaban á prepararse para el gran acto de la primera comunión. Desde esta bendita fecha, los deseos, los fervores y los sentimientos de Nicolás fueron dignos de un santo consumado en todas las virtudes; el fuego del amor divino abrasó su corazón é iluminó su inteligencia con tan vivas llamas, que en San Angel se decía de voz pública que el joven de Guaruti era un serafín que no vivía más que para

Dios, y que llegaría con el tiempo á ser un gran santo (1).

Una alma tan bien templada como la de Nicolás no podía contentarse con buscar á Dios solamente en las dulzuras de la oración, sino que debía también aspirar á buscarle y seguirle por los caminos dolorosos del Pretorio y del Calvario. Uniéndose, pues, á Jesús azotado, este joven buscaba en la disciplina y los cilicios las austeras enseñanzas del dolor y de la humillación, azotándose tan cruelmente con correas de cuero, que las paredes de los aposentos solitarios adonde se retiraba estaban teñidas de sangre (2). Prosternado su rostro contra la tierra y arrasados de lágrimas sus ojos, no podía él comprender la bondad infinita de Dios para con los hombres, tan ingratos y tan indiferentes. Cierto día, después de haber pasado cuatro horas arrodillado en oración en una gruta cercana á San Angel y llamada Fosso Massaccio, como no le fuese posible levantarse por negarse á sostenerlo sus fatigadas piernas, quedóse allí acostado sobre la tierra y, apoyando su cabeza en una dura piedra, pronto se vió dominado del sueño. Despertó, por fin, el Santo, y

(1) Si parvulo isti Dominus vitam concesserit sanctus erit. Proceso.

(2) Disciplinabat se vinclis aliquando corrigiis et quandoquidem catenis. Proceso.

habiendo quedado grabada en la roca, como si hubiera sido de cera, la imagen de su rostro, de la cavidad formada por éste comenzó á brotar una fuente de agua pura. Esta gruta, objeto de veneración para todos los habitantes del país, atrajo, y todavía hoy atrae, una multitud de enfermos que, saciándose de esta agua milagrosa, encuentran en ella el vigor y la salud. ¡Cosa notable! Si se quiere hacer uso de esta agua para usos profanos, al momento queda en seco la fuente y no vuelve á manar sino después de haber recibido la bendición de un Padre religioso de San Agustín. Esta fuente se llama todavía *la fuente* de San Nicolás (1).

Era nuestro joven Santo amante de la soledad, y, á fin de conservar su íntima union con Dios, evitaba todo comercio con sus condiscípulos. Sin embargo, su alma no era insensible á los encantos de la amistad. El sabía que la vida moral é intelectual es más una imitación que una creación, y que el hombre aprende el bien y el mal más por sus relaciones con sus semejantes que por sus reflexio-

(1) Instrumento auténtico que comienza: In Dei nomine. Amen. Anno Domini 1724, indictione II, die vero 12 Januarii. Pedro Esteban Montanaro, depone... Este documento está conservado en la biblioteca de los PP. Agustinos de Nápoles en el convento de la Zecca.

nes y sus esfuerzos personales. Así que toda su dicha se cifraba en poder conversar con los buenos religiosos; y el proceso de su canonización nos refiere que él no frecuentaba más que el convento de los ermitaños de San Agustín; no conocía más, como en otro tiempo San Basilio, que el camino de la escuela y el de la iglesia (1). De cuando en cuando dejaba escapar de su corazón la confesión de sus íntimos deseos. «¡Oh, qué felices sois vosotros, decía él á los religiosos, viviendo juntamente en el claustro, unidos con los lazos tan fuertes y tan dulces de la caridad fraterna y de la admirable Regla de vuestro Patriarca San Agustín! ¡Oh, cuánto me alegraría de poder, como vosotros, ser su hijo y dedicarme todo entero al servicio de Dios!» (2).

El convento de San Angel *in Pontano* era digno de atraer hacia sí las miradas y los deseos de Nicolás, pues gozaba á la sazón de gran renombre de santidad, justamente merecida. Entregábanse en él los religiosos con admirable celo y constancia á los ejercicios de la vida común, practicando la más estricta pobreza, soportando con alegría todas las

(1) Æqualium cætus evitans, religiosorum familiaritate dumtaxat delectabatur. Breviario. Proceso.

(2) Adhuc puerulus... dicens se velle effici frater Eremita. Proceso. Giorgi.

privaciones, y observando, en fin, todas sus Reglas con la más perfecta obediencia. Ellos recogían, obrando así, la herencia de fervor que les legaran santos religiosos sus antepasados, los cuales habían sido la gloria y ornamento de este monasterio. No era, pues, de extrañar que el alma de Nicolás hubiese elegido este piadoso asilo como su refugio y el blanco de sus deseos. Sentíase principalmente impulsado hacia esta Orden venerable, por su antigüedad en la Iglesia y por el gran número de Santos que ha producido y con que ha poblado el Cielo. Su devoción hacia San Agustín, sn glorioso Fundador, se acentuaba de día en día, sintiéndose poderosamente atraído por el genio y por la piedad de este ilustre Doctor. No permitiéndole, sin embargo, su corta edad el ser admitido entre los ermitaños, recibió la tonsura de las cuatro órdenes menores de manos del Obispo en la iglesia colegial de San Salvador, y aceptó el título de canónigo con que le brindó el colegial de San Angel (1).

A partir desde este día aparece Nicolás

(9) Instrumento authentico quod anno 1701, ad musæum nostrum fuit transmissum dicitur exstare ibidem (in oppido San Angeli) per vetustum templum S. Salvatoris ubi S. Nicolaus fuit initiatus minoribus ordinibus. Bolland., tom. III, página 646, in notis lit. M.

revestido de una gravedad mayor, aplicándose á cumplir perfectamente todos los deberes de su nuevo estado y estudiando con amor las rúbricas y ceremonias propias del Oficio divino, á fin de hacerse digno de Dios, á quien deseaba complacer aun en las cosas más pequeñas. Pronto se vió nuestro Santo elevado á un tal grado de perfección, que los más antiguos canónigos encontraban una piadosa satisfacción al verlo cada día llegar de los primeros al coro, con un perfecto recogimiento y exacta fidelidad. Contemplábanle con admiración, inmoble en su asiento, los ojos bajos, las manos juntas ó sosteniendo el breviario, y se decían entre sí: *He ahí el Angel guardián del coro.*

Si alguna omisión se escapaba á la vigilancia de Nicolás, él se apresuraba á repararla imponiéndose la penitencia que la costumbre señalaba para tales casos (1). De este modo conseguía vivir piadosa y tranquilamente en la presencia de Dios, esperando la hora de responder al llamamiento de Aquel que ha dicho: *Si quieres ser perfecto, vende cuanto posees, da su precio á los pobres y sígueme.* Acrecentándose más y más su vocación al estado religioso en el santuario donde tenía el insigne honor de pasar su vi-

(0) In omnibus erat perspicuus. Proceso.

da, resolvióse por fin á abandonarlo todo para seguir pobre en pos de un Dios pobre y humillado.

¡Cuántas almas han obedecido á esta voz del Salvador Jesús, que las llamaba al sacrificio y renunciación de sí mismas! ¡Cuántas de estas almas, abandonando las riquezas y los honores, sirvieron de ejemplo y edificación al mundo, y produjeron maravillosos frutos de salud y gracia! Así, pues, sucedió con Nicolás que no cesaba de suspirar con el ardor de un corazón puro y generoso por el feliz momento de su entrada en la Orden de Ermitaños de San Agustín, que era la que le merecía todas sus preferencias. «¿Cuándo podré yo, decía él, según la sencilla traducción de los biógrafos, cuando podré yo ocultarme alejado del mundo? ¿Cuándo se elevarán mis súplicas sobre las silenciosas bóvedas del claustro, donde tan fácil es el recogimiento? ¿Cuándo, pues, junto á la lámpara del santuario podré yo consumirme día y noche en ese templo, donde la Hostia silenciosa se ofrece de continuo al Eterno Padre?» (1).

Tal era la voz é incesante llamamiento de Dios, que Nicolás sentía resonar en el fondo de su corazón, y cuya importancia conocía él mejor que ningún otro. Sabía que del acierto

(1) Giorgi, pág. 22.

en la elección de estado dependía la salvación, y deseaba cuanto antes abrazarse con Aquel hacia el cual se sentía arrastrado con tan irresistible violencia. En adelante, amar al Señor con toda su alma y con todas sus fuerzas, juntando á tan perfecto amor el amor del prójimo, sería la ley suprema de su admirable vida.

Sin embargo, á pesar del atractivo irresistible que le llama hacia el claustro de los hijos de San Agustín, á pesar de su decidida resolución de dedicarse sola y exclusivamente al divino servicio, Nicolás duda por algún tiempo, temiendo todavía engañarse y experimentando en su alma las angustias de una terrible y dolorosa lucha.

La Providencia, empero, que le ha llenado de tantas gracias, va por fin á ayudarle á romper sus ligaduras, y, llenando su corazón de santas inspiraciones, va á abrirle las puertas del claustro bendito, por el que ha tanto tiempo que suspira.